

«facsimile», en 1909, en *Gaceta Republicana*, cuando la prensa de Buenos Aires dudó de su autenticidad. Es una nota, suscrita en Guayaquil, el 29 de julio, por José Gabriel Pérez, secretario general del Libertador, y dirigida al ministro de relaciones exteriores de Bogotá, y puede leerse el texto completo en mi *Libro de Oro de Bolívar*. Las fotografías las tomó Lara, y deben hallarse en el Ministerio.

El monumento es una rotonda de mármol y decorados de bronce, con dos pilas-tras coronadas por dos águilas, y diez columnas corintias con los escudos de las naciones libertadas por Bolívar y San Martín. El monumento, de espléndida perspectiva sobre el Guayas, es clásico, digno de los héroes en cuyo honor se erigió, y fué suprema alegría para mí contemplar ese pórtico griego en la tierra donde nació y murió el gran José Joaquín de Olmedo, el aeda homérico, el poeta más digno, en lengua española, de cantar a Bolívar, rayo de la guerra en Junín!

Recorriendo después la ciudad por sus calles centrales, nos detuvimos ante otro monumento, al parecer reciente, colocado en el centro de una plaza de aspecto despacible por su falta de agua y de flores. Una columna, u obelisco de piedra, y en torno unas estatuas de bronce sin nombres, ni razón de estar allí, pero, en cambio, en dos placas de mármol, estas inscripciones, con nombres completos: En la primera placa: «Se erigió este monumento siendo concejeros municipales, es a saber: presidente del concejo...; vicepresidente...; vocales...». En la segunda placa de mármol: «La junta que actuó para levantar este monumento, la formaron, como sigue: presidente de la junta...; vicepresidente...; socios...»

Dábamos la última vuelta en torno del obelisco, en busca de los nombres de los héroes, cuando un caballero de cierta edad, que nos escuchaba y observaba, dijo: «Son los próceres de la ciudad, y basta saber eso». Para mí pensé que el caballero era alguno de los que figuraban en las placas de mármol como concejeros municipales o socios de la junta, e intenté argüir, pero mi compañera de viaje, que nunca está en desacuerdo con nadie, se apresuró a contestar: «Tiene usted razón, y no es un caso raro, porque en Bogotá en el parque de la Independencia, hay también un monumento a los héroes desconocidos...»

Poco antes de zarpar el barco, ya anocheciendo, entró a bordo un joven delgado y pálido, con una maletica en la mano. Era un periodista de Guayaquil quien, por haber insinuado apenas, al coronel presidente que, en beneficio de la paz, no se extremaran las medidas de alta policía, últimamente decretadas, recibió la orden de embarcarse inmediatamente. Supimos luego que es nieto de un antiguo benefactor de los pobres de Cali, asesinado allí inicualemente, por un extranjero, hace más de cuarenta años, y, además, sobrino de un senador de la república de Colombia. Mi compañera, desde que lo vió subir y supo quién era, miraba, más que al joven, la maletica que llevaba en la mano. A lo sumo, decía, puede llevar una muda interior, y de aquí a Valparaíso son ocho días! «Señora, la interrumpió en ese momento un ingeniero de minas, chileno, muy bien informado de las cosas de nuestra América, y quien días después desembarcó en Antofagasta; señora, no se enterezca usted por la maletica. En el Ecuador todo es chiquito, menos Olmedo, Montalvo y el Chimborazo.»

de lo episódico. Como si lo episódico, en el caos fecundo de la revolución, no respondiera a la naturaleza propia de la lucha. Se le señaló la torpeza idiomática que se descubría en sus escritos. Como si la pintura y la denuncia de una humanidad nueva, no exigiera, entre titubeos y errores, el manejo de un arsenal lingüístico también nuevo. Se le acusó de comerciar con lo folklórico. Como si lo folklórico no fuera, en la vida primitiva del pueblo, la escala necesaria para ascender a la estilización culta. Se le señaló como mero acarreador de un material basto y baldío esparcido sobre el suelo mexicano. Como si este material, ya por el solo hecho de ser auténtico, no fuera capaz de contener las líneas de la fisonomía matriz que se adivina o se transparenta en las máscaras que venden y compran los mercaderes.

Sobre esta literatura, cuya armazón cimentan y dibujan Azuela, López y Fuentes, Ferretis y Romero—por no citar sino pocos nombres—, se levanta ya el signo que guía el rumbo de los caminos que han de seguir, en intención y en realización, la lírica, la novela y el teatro de México.

Esta literatura—mal que pese a los miopes que no la vieron en ciernes, a los falaces que negaron sus brotes y a los negociantes que, sin apreciarla ni entenderla, la aplauden en su madurez, es la cuna y la llave de la tremenda—universal por nacional—literatura mexicana.

Es la que perdurará por sí, por su intrínseco valor humano y literario y, sobre todo, porque guarda en sus entrañas los elementos del futuro.

De ella saldrá la literatura que perpetúe con más experiencia, con más emoción, con más capacidad lógica, el valor de nuestra expresión genuina; es decir, aquella que habrá de estar acorde con la realidad y con la técnica que esta propia realidad produzca.

Será ésta la consecuencia histórica—dialéctica—de la actual gesta de la literatura revolucionaria de México.

Curiosa fortuna es la de la palabra preux, que en francés se aplicaba a un valeroso caballero y que en inglés se tornó en proud, altivo, desdeñoso. El punto de vista del amo es el del servidor.

(Nota sacada del libro *Historia de Inglaterra*, por Andrés Maurois. Ediciones Ercilla. Santiago de Chile. 1937).

Gesta de la literatura revolucionaria

Por ERMILO ABREU GOMEZ

= De *El Nacional*, México, D. F., 18 de setiembre de 1937 =

Ayer nos referimos a la tragedia de la literatura revolucionaria. Hoy concluiremos un capítulo sobre la gesta de esa misma literatura. Si la realidad de los hechos nos permite observar aquel ineficaz y frecuente divorcio entre el revolucionario y la conciencia literaria, la misma realidad también nos muestra la existencia, así sea esporádica, de otro ser, pleno de humanidad y de ojos, capaz de aprisionar, en el haz de su expresión, la raíz y el vuelo del espíritu mexicano.

Este novísimo ser, despreciado no sólo por los escritores de la llamada vanguardia, sino hasta por los falsos críticos de la literatura revolucionaria, es hoy, en la plenitud del triunfo, adobado por la adulación advenediza de todos los rumbos. Este novísimo ser tuvo la valentía de lanzarse—

cuando era locura hacerlo—a la empresa difícil y arriesgada de construir una obra original con elementos tomados de la carne y del sueño de los indios. (Según la doctrina de los escritores que sólo escribían sobre la espalda de sus esclavos, japoneñas, y esguinces helénicos, los indios—desnudos de alma y de cuerpo—estaban muertos y enterrados en la historia y en la vida de México). Al realizar tal empresa respondió al apremio del impulso vital que henchía sus venas, su mente y su corazón y a la necesidad ineludible de verterse hacia afuera. Construyó su obra en términos no siempre ortodoxos ni académicos, pero sí siempre capaces de ahondar el surco de una renovación creciente.

Se le criticó por el abuso que hizo